

LIBRERIA DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIV.
"ALFONSO MARTÍNEZ"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

XXVIII.

EL FESTIN DE MÁRMOL.

El señor de Parisis lanzaba palabras á diestro y á siniestro como un hombre que tiene la costumbre de ser bien escuchado: trataba de penetrar en el espíritu y en el corazón de la señora Monjoyeux. Cuanto mas la miraba mas le recordaba á una mujer que habia visto.

—Nunca habeis sido rúbia? la preguntó por fin Octavio.

—No, caballero.

Parisis examinó mas de cerca la dama.

Para él todo el enigma de la fiesta se enceraba ne ella. Así es que se inquietaba mucho menos que sus vecinos del simbolismo de las figuras de mármol que dominaban la mesa: para él la verdadera estátua era la mujer del escultor.

Pero como todas las esfinges, la señora Monjoyeux no se dejó penetrar. Ya fuese cándida ya no lo fuese, tenia el gran talento de parecerlo oportunamente. A ciertas preguntas ella contestaba con una sonrisa que no era ni la malicia ni la tontería, pero que espresaba

el afecto vagamente. Tan pronto respondia por el atajo como dando rodeos: si Octavio la hablaba del emperador de Rusia, ella contestaba que el papa era un excelente sugeto, puesto que el dia en que se arrodilló para besar su sandalia, se dignó alargarla su mano.

—Es extraño, pensaba Octavio, esta mujer se ha quedado siendo bretona, aunque sus ojos revelan aquí y allí las perversidades de las hijas de Eva.

Segun su costumbre, el señor de Parisis tentaba sus frases arriesgadas, pero entonces la señora Monjoyeux le miraba con un candor verdaderamente breton. Entonces Octavio emprendia otro camino; curioso en todo seguia á las mujeres allí donde querian llevarle, hasta los Alpes de la virud, con los piés en la nieve y la frente en el cielo. Hallaba una especie de voluptuosidad en cambiar de horizontes. Las naturalezas enamoradizas no guardan el amor sino variando las imágenes hasta lo infinito.

Con la señora de Monjoyeux, si el señor de Parisis se hacia el austero, sucedia que se apresuraba á hacerla sonreír, y hasta muchas veces llegaba á soltar la carcajada. Por otra parte no creia que esto fuese un juego astuto, sino el azar de las ideas y las palabras.

—Como hallais á mi esposo? dijo de pronto la señora Monjoyeux; con verdad ó sin ella, él me encuentra bien formada.

—Me es imposible, señora, dijo Octavio que nun-

ca hacia cumplidos, tener una opinion sobre tan delicado punto.

—Una opinion sobre tan delicado punto? La tendreis en seguida. Escuchadme hasta el fin. Mi marido no es uno de esos artistas que hacen una estatua tras de una estatua; como dice que una estatua debe ser una mujer, coge sus modelos entre las mujeres.

—Lo comprendo, señora: este adorable seno de la Cibeles, estos preciosos muslos, estas piernas de cazadora, son vuestro seno, vuestros muslos y vuestras piernas.

—Chist! dijo la señora Monjoyeux; nos están oyendo.

Y bajó su cabeza como para ocultar su pudor.

—Y bien, señora, dijo Octavio, mi opinion está ya formulada: esta obra maestra del arte es la obra maestra de la naturaleza: las generaciones futuras darán gracias á los dioses por haber proporcionado tal mujer á tal escultor.

—Pero yo... yo no me consolaré jamás por haber espuesto así mi desnudez.

La jóven seguía con la cabeza baja, bien como si todo el mundo tuviera el secreto de su belleza.

—Por qué este falso pudor? observó el señor de Parisis. Vos estais traducida palabra por palabra y yo no dudo que la traduccion es digna del original; pero esta es la carne traducida en mármol; pues el mármol no se ruboriza, porque el mármol está por encima de ese pudor atmosférico inventado por las

costureras que desean colocarse. Si la mujer debia ruborizarse por algo, debiera ser para mostrar su rostro, pues su rostro es la espresion de los siete pecados capitales.

Y una vez en este juego de la paradoja, Octavio exhibió todas sus opiniones respecto al pudor desnudo.

—En efecto, dijo la señora Monjoyeux, la ropa no viste.

En los otros extremos de la mesa frente al señor de Parisis, los chistes corrian alegremente sobre la mesa; la alegría resplandecía como una luz nueva sobre las copas, las uvas y las rosas. Monjoyeux observó que las mujeres adoptaban posturas de bacantes y que los hombres se hacian irresistibles, porque no sabian lo que decian.

Juzgó que era indispensable brindar para ser escuchado.

Su copa de Champagne estaba llena; la presentó á su vecina y le dijo que iba á hablarla, puesto que iba á brindar por la mujer.

—Chist, señores, dijo la vecina de Monjoyeux; el escultor va á hablar.

Todo el mundo llevó la mano á su vaso, todo el mundo le escuchó. Conociase la fraseología pintoresca de Monjoyeux; no se dudaba de su elocuencia, de sus ideas originales, de sus imprevistas ocurrencias. Era una gran fortuna el oírle.

Monjoyeux se habia levantado con la copa en la

mano, la frente sonriente y la sonrisa burlona. Sacudió su melena como un leon que parte á la caza, paseó su mirada sobre los convidados y sobre las estatuas, y echando una ojeada estraña á su mujer, brindó así:

—Señores y señoras, brindo por la mujer.

Todos se levantaron y bebieron por la mujer.

—Chist! dijo una señora: ahora no se trata de beber sino de hablar: no se ofrece con mucha frecuencia la ocasion de oír como se hace el elogio de las mujeres.

—Y bien, dijo Monjoyeux, escuchadme y no me interrumpais.

Bañó sus lábios en la copa.

—«Brindo por la mujer, porque la mujer es el alfa y la omega, la primera y la última palabra, el infierno y el paraiso, el mal y el bien, la caída y la redencion.

»El hombre se agita: la mujer lo guia. Esto consiste en que la mujer es el bien y el mal, la cuarta virtud teologal, y el octavo pecado capital. A la manera del ángel rebelde que recuerda el cielo, y que trabaja por el infierno, la mujer fué comenzada por Dios, y concluida por Satan.

»*Quién es ella?* Decía aquel magistrado que vosotros recordais en todos los procesos que fallaba.

»*Quién es ella?* repiten con el sutil pregunton cuantos quieren esplicarse un poco razonablemente la historia de los pueblos y la novela de las almas.

»Cuando un escultor ha labrado una hermosa estatua, *quién es ella?* nos preguntamos; *quién es ella?* decimos cuando un poeta ha compuesto un hermoso libro; *quién es ella?* interrogamos, cuando un héroe ha ganado una batalla.

»En el olimpo el dios del pensamiento es un hombre; pero que hace Apolo sin sus nueve musas? Pues bien: todas las mujeres son musas: musas de pasiones y crímenes, de heroísmos y miserias.

»Elegidos ó réprobos, caídos ó rescatados, nuestro destino comun se relaciona con el Eden ó con Bethleem: todos descendemos de Eva ó de María.

»*Ab jove principium!* exclamó el poeta ferviente. Pero si quiere que confesemos á Júpiter, es necesario que bajo los antros de Creta nos haya detenido en el sonriente grupo de las nodrizas del jóven dios.

»El mismo cielo no tendria ni su luz ni su calor sin esta presencia real de la mujer.

»La lira de Apolo no comienza á vibrar sino bajo el ligero soplo de Dafne que huye. Sin Isis, Osiris no es mas que la mitad de un Dios; sin Sita, apenas si Ramá seria un héroe. Cuando el alma del viejo Fausto, escapa á las tenaces garras de Mefistófeles, ella flota incierta de esfera en esfera. En vano camina á través de las estrellas: no son ni los santos ni los mártires los que dan un refugio á la peregrina errante. Pero ella encuentra á la que fué Margarita, á la que ha sido tocada por el rayo de la madre siete veces dolorosa, y se salva, se encuentra en posesion de su bien.

aventurado destino, y entra en posesion del *eterno femenino*.

»Bajemos á la tierra. Porque la mujer no es tan solo reina en las sagradas cimas: Maria Egipciaca y Santa Teresa, tienen hermanas; ved desde aquí el escuadron volante de las cortesanas de todos los paises, de las diosas con carne y hueso, que van al sabbat de las pasiones: aquellas mujeres imponen el orden á la infernal compañía de aquí abajo; pero las unas y las otras guardan una misma influencia.

»Para tranquilizar contra cuarenta luchas el alma tempestuosa de Miguel Angel, mi divino maestro, bastó el místico cariño de la marquesa de Pescara. Para arruinar y depravar á Andrés del Sarto, bastó un vanidoso capricho de Lucrecia.

»Desde Eva que no amaba lo suficiente á Adán, hasta Zuleika que amaba demasiado á José, los individuos y los imperios viven bajo el capricho de las mujeres.

»El Oriente y el Occidente, se matan por Helena, la viuda de los cinco maridos; Hércules es vencido por Omfala; Antonio es dominado por Cleopatra; Euridice arrastra á Orfeo á los Campos Eliseos; Merlin es encarcelado por Viviana; Iastrada, ya muerta, en cadena á Carlomagno sobre su tumba; Beátriz eleva el Dante hasta los azules senderos del paraiso.

»No es Hiram; es Balkis quien edifica el templo de Jerusalem; es la viuda adúltera de Nino que levanta los pórticos de Babilonia; es la cortesana Rhodopa

quien acumula las enormes masas de las pirámides; Thais, la cortesana, es quien quema los palacios de Persépolis. Aspasia truena desde la cumbre de uno de los grandes períodos. Hersilia ó Veturia detienen el furor de los soldados que se degüellan y la Pompadour, esta marquesa del azar, lanza en signo de guerra su chinela hácia el techo, y los ejércitos de Europa vivaquean por espacio de siete años en los campos de batalla.

»Dad un cuchillo á Judit que vá á libertar á Bethubia y otro á la señorita Corday que cree salvar la Francia. Poned un acha en manos de Juana de Beauvais y el estandarte flordelisado en las de Juana de Domremy: Dios obrará por el ministerio de esas mujeres llenas de inspiracion y de pasiones.

»Es Dios, ó Satan, el coloborador de aquella florentina que produce la catástrofe del 24 de agosto de 1572?

»Y tú, María Stuart, y tú María la Sangrienta, y tú Isabel; oh gran vestal del Occidente! y tú Catalina de Rusia, que reinastes sobre Voltaire, y tú Germania de Stael; elocuente profetisa que turbaste las noches de Napoleon, decid que secreta fuerza os impulsó hácia adelante en esas luchas en que habeis mostrado una temeridad tan orgullosa y una energia tan viril. Ah! vosotras lo sabeis, tempestuosas heroínas; el cetro de los negocios humanos pertenece á quien sabe empuñarlo y los hombres se inclinan para saludar su voluntad soberana.»

Monjoyeux vertió en su vaso un poco de champagne.

«Quien se atreverá hoy día á poner en duda la autocracia de las mujeres? Si quedase un ateo para negarla en el momento en que la razon de Estado deroga la ley sálica, no seria yo quien curaria su misogynia y no iria por tan poca cosa á visitar en el carro de mi retórica á Safo en su elevado peñasco, á Paula de Viguier en su balcon de Tolosa, á la señora de Sevigné en su palacio Carnavelet ó á la señora Recamier en la Abadia de los Bosques.

»Dejemos á la señora Roland en su triunfal patíbulo, y á la señorita de La Valliere en su ilustre soledad.

»No ultrajemos con indiscretos comentarios tantas hermosas visiones de las tumbas, á madama Enriqueta ó á la señora de Longueville, á Maria Touchet ó á la señorita Romans. Vosotros conoceis la historia de los reyes de Francia, reyes que reinan bajo el gobierno de sus mujeres ó de sus queridas. En estos períodos históricos en vez de buscar á la mujer, viene Diógenes con su linterna y busca el hombre.

»En cierto dia de revolucion, el ministro de negocios estrangeros se dejó robar la cartera. El que la tenia exclamó: *Tengo el enigma de la esfinge!* Abrió la cartera y encontró en ella un retrato de mujer, despues otro retrato de mujer, despues una carta de mujer y despues otra carta de mujer.

»La mujer es la última palabra del Criador. El

gran maestro esculpió al principio los mundos, despues el mastodonte, despues el águila, despues el leon, despues el hombre hasta que por fin, concluyó por la mujer.

»Luego descansó para contemplar su obra.

»Brindo por la mujer, porque sin la mujer que veis allí en frente mio, yo no hubiera esculpido estos bustos, estos grupos de estátuas, que prueban, segun mi opinion, que yo no estoy desheredado. Sin esta mujer se diria de mí: «Hablais de Monjoyeux? Es un charlatan que promete siempre hacerse hombre de genio, que no sale en el teatro mas que para hacerse silvar, que no entra en el taller mas que para esculpir frases.» Y bien, gracias á esta mujer yo hé esculpido en el mármol.

»*Quién es ella?*

»La mujer es siempre la que hace el milagro. Para el pobre jornalero, la mujer es quien endominga la vida; para los artistas, ella es quien dá un alma al génio. Mas para el escultor que carece de marmol, que hace? Atended bien:»

El rostro de Monjoyeux tomó una espresion amarga, byroniana, satánica á un mismo tiempo.

«Yo estaba cansado de oir á mis enemigos y amigos como ensalzaban los triunfos ajenos; los trabajos de este, las obras maestras de aquel, lo cual queria decir que yo no hacia nada. No hacer nada, señores! Esto es hacer algo. Es estudiar y admirar. Unicamente los tontos no se cruzan de brazos. Sin embar-

go, si es una virtud el no hacer nada, para entrar en las Academias, es necesario no abusar de ella, segun dice Chamfort. Cierta noche en que Parisis, Saint Aymour y Miravault me desafiaban á probar mis fuerzas, volví á mi casa donde por espacio de dos noches sobrexcité mi voluntad. La Voluntad! he aquí una mujer! una mujer muy orgullosa cuando se la ama hasta el sacrificio. Despues de dos dias y dos noches, salí, pero gritando como Newton despues de dos años de celestes visiones: «La he encontrado!»

»Cinco minutos despues cualquiera me hubiese visto entrar valerosamente—yo no me ruborizo nunca porque voy como aquel que llevaba su alma en su sombrero—en una casa algo célebre por sus locuras diurnas y nocturnas. Los que no conocen esta casa, señores, que me arrojen la primera piedra.»

El señor de Parisis notó la agitacion y la palidez de la señora Monjoyeux que contemplaba al escultor llena de espanto y de cólera.

«Yo no permanecí allí mucho tiempo, continuó Monjoyeux. Salí de allí dando el brazo á una mujer velada, la cual no vestía precisamente como la mujer honrada que vá á misa. Como yo no queria sostener la cola de su traje, por las calles subimos al primer coche de plaza y nos dirigimos á casa. Apenas hubo llegado á mi dormitorio cuando empezó á desnudarse mientras yo leía una carta.

»Nó, la dije yo. Vos creéis tal vez que he ido á buscar una querida en aquella alegre casa donde vos

viviais tan descuidada, tan olvidadiza y tan bella. Nó: si vos quereis, sereis mi fuerza y no mi debilidad. Os hé elegido no para humillar la mujer sino para vengar á la mujer. Os hé elegido para hacer la sátira en accion de mi siglo. Aquella mujer no me comprendia del todo: yo desnudé mi corazon ante ella y le mostré sus baterias. «Si quereis representar un gran papel, la dije, venid conmigo; vos sereis mi compañero de armas en la guerra mortal que voy á hacer á la sociedad. No cambiareis de oficio; pero subireis un grado, porque la última palabra de la obra consiste en moralizar la obra. En aquella casa vos perteneciais al primero que dejaba un luis á su puerta. En el mundo donde vamos pertenecereis aun al primer recien llegado, pero los luises se multiplicarán á lo infinito; yo diré que sois mi mujer.»

»Aquella mujer se ruborizó por mí no por ella.

»No os ruboriceis, la dije; un dia comprendereis porque representamos estos dos papeles. Pues bien, yo diré que sois mi mujer. Yo soy ideólogo, escultor, un hombre maquiavélico: vos solicitaréis por mí, monumentos que haremos y desharemos, yo soy un grande hombre, político, como todos los que no hacen nada: correremos el mundo, y como otros hombres políticos, yo salvaré los estados. Vos sereis aun el lazo de union entre yo y el poder. Una mujer faltó á Maquiavelo: hé aquí porque se murió de hambre. Os juro que si sois bella sin ser rebelde, no habremos dado en vano la vuelta al rededor de Europa. Volve-

remos ricos á Paris, yo lleno de gloria, vos deslumbradora y toda mi fortuna bien adquirida será vuestra.

»Al oír estas frases me comprendió. Representar semejante papel con semejante mujer equivalía ya á desprenderse de sus envolturas inmundas. Quiso abrazarme, pero yo la dije: Nó, yo no os conozco y no os abrazaré nunca: sereis una mujer para todo el mundo menos para mí. Y en efecto, señores, esta mujer que se halla en frente de mí no es ni mi mujer ni mi querida.»

Un grito cruzó la sala. La jóven cayó desvanecida en brazos de Parisis.

Hasta entonces habia esperado que Monjoyeux no la desenmascara: la habia prometido que no le haría traicion; no podia creer en aquella brutalidad; pero estaba ya hecho y con orgullosa mano acababa de arrancar la máscara y lanzarla en la vergüenza. No habia medido el abismo: queria herir y herir con fuerza. Hélo aquí todo.

—Esto no es nada, dijo como hombre ya experimentado; es una mujer que se encuentra mal.

Y prosiguió:

«Partimos al siguiente dia. Vale la pena de contarlo? Mi voluntad armada con esta mujer ha triunfado de todo: yo fui desde el primer golpe amigo de los príncipes y adulado por los cortesanos. Nadie ha resistido á esta mujer. Hé improvisado hermosísimas estatuas; pues ya tenia conmigo cuatro ayudantes de

Roma que conocian mucho de mármol. Hé dado á cada príncipe la geografía futura de la Europa; todos han reconocido que yo poseia el secreto de todas las políticas. Pero no es mi genio quien me ha dado tanto oro, tantas cruces, tantos títulos, pues soy conde italiano, baron aleman, pachá y cuasi príncipe valaco. No: la belleza de esta mujer es quien lo ha hecho todo.»

Y saludando á su compañera en esta obra infernal añadió:

—Perdonadme, señora, si os he puesto en escena en el desenlace de mi comedia.

Luego volviéndose hacia las mujeres que fingian querer salir para poner en salvo su dignidad:

—Una palabra mas, señoras, os lo ruego.

Subió sobre la mesa empuñando un martillo.

—Es necesario que se sepa: me despojo de todos estos oropeles que son indignos de mí.

Arrancó sus cruces y las arrojó á sus piés. Cogió de su bolsillo unos pergaminos que quemó en las bugías. El silencio era profundo y terrible en torno suyo.

Habia algo del juicio final en aquel bofetón dado á su siglo en las megillas de una cortesana.

—Y ahora no quiero que quede nada de esta obra impía.

Dió el primer golpe de martillo en la figura de la Virtud.

Un grito de dolor hubo de resonar en toda la sala.

Destrozar una obra maestra es destrozar la humanidad entera. Gritóse perdon en torno suyo.

—Oh! Virtud divina! dijo Monjoyeux sin escuchar á nadie: yo te reverencio demasiado para permitir que ese mármol manchado se atreva á reproducir tu figura!

Y dió otro golpe de martillo. La estatua quedó desfigurada.

Volvióse de pronto y anduvo sobre las rosas y camelias que llenaban la mesa hasta el pedestal de Cibele.

—Y tú santa Naturaleza, exclamó; tú que eres la imagen de Dios, tú cuyos adorables pechos me han sostenido, tú que diste al mundo los griegos del tiempo de Sócrates, los italianos del tiempo de Leonardo de Vinci, los franceses del tiempo de Saint-Just, no quiero que un recuerdo indigno te profane. Yo te he representado en tu soberana belleza; pero este mármol ha sufrido el contacto impúdico del oro.

E hirió la estatua en la frente, en la mejilla y en los labios. En menos de un segundo aquella obra, que habia costado un año de génio, quedó destruida.

En vano Parisís habia querido impedir aquella profanacion. Monjoyeux, como un Titan desencadenado, no se hubiese dejado dominar mas que por un rayo.

Todo el mundo estaba en pié; la palidez, el espanto y la tristeza se retrataban en todos los semblantes. La mayor parte de los convidados no comprendian

sino á medias. Todo el mundo se preguntaba si aquel hombre estaba loco.

—Señores y señoras, dijo inclinándose por última vez orgulloso por haber creado su obra y orgulloso por haberla destruido, yo me convierto en Monjoyeux como antes. Creo que he adquirido el derecho de cruzarme los brazos como hacia en otro tiempo.

Cogió un cigarro que habia sobre la mesa.

—De toda mi fortuna solo me queda este cigarro, ¡el último humo! Me vuelvo á la buhardilla de la calle Germain Pilon. Adios, señoras, adios, caballeros. Aquí no estoy en mi casa.

Y volviéndose hácia la mujer á quien llamaba la señora Monjoyeux, añadió:

—Adios, señora Venus, adios! No nos veremos jamás. Estais aquí en vuestra casa. Haced que las golondrinas vengan á construir sus nidos en vuestras ventanas.

Salió con la frente erguida, el paso altanero, como Federico Lemaitre en el Ruy Blas.

Las mujeres que allí habia no llevaron su pomito de esencias á la mujer casi desmayada que creia soñar que se ahogaba en la humillacion, y que no encontraba en sí bastante fuerza para sufrir una humillacion mas digna.

Aquellas mujeres cogieron apresuradamente sus abrigos de pieles.

—Que se dirá mañana de nosotras? se preguntaban.

Los hombres comentaban de diversa manera lo que Monjoyeux llamaba su sátira de accion.

—Es un loco! decian unos.

—Es un sabio! decian otros.

Entretanto la señora Venus se habia levantado para decir que queria hablar á su vez.

XXIX.

HISTORIA DE LA SEÑORA VÉNUS.

—Un instante, señoras honradas, dijo, tomo la palabra y deseo que me escuchéis.

Aquellas mujeres, mucho mas curiosas que indignadas, se volvieron hácia la señora Venus.

Esta habia sufrido las rudas frases de Monjoyeux, como se sufre un golpe imprevisto. El primer sentimiento es el del desmayo; pero luego el corazon se anima, las sienes se inflaman, y la venganza afila sus dientes.

Por mas que se sintiese arrastrada por su temperamento, la jóven se habia contenido porque habia amado á Monjoyeux y sentia la adoracion que le inspiraba su génio: no queria, porque era generosa, atravesarse en su camino para cortarle su golpe de efecto segun se dice en el teatro. Ella, á su vez, se reservaba el derecho de representar su papel.

Cuando tomó la palabra, la jóven se ruborizó, la sangre le subió á la garganta, y estuvo próxima á no poder decir nada; pero despues de esta sacudida, volvió á encontrar sus fuerzas.